



HOSPITAL NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA  
OVIEDO

## REUNION CIENTIFICA

# En Memoria del Prof. J.M. López Porrúa

## Introducción

DR. J. PAZ JIMÉNEZ

JEFE DEL SERVICIO DE CIRUGÍA ORTOPÉDICA Y TRAUMATOLOGÍA, EN FUNCIONES

Excelentísimas Autoridades, Compañeros,  
Amigos:

Desde que me ha sido asignada la responsabilidad del Servicio de Cirugía Ortopédica y Traumatología del Hospital "Nuestra Señora de Covadonga", que en vida dirigió el profesor José María López Porrúa, he observado el interés de sus antiguos colaboradores en brindarle un acto de homenaje y recuerdo.

Era una deuda que me pareció de justicia para un cirujano que tanto había hecho en pro de una especialidad de gran raigambre en Asturias.

Mis relaciones con él datan de 1968, cuando se intentó una asociación que permitiese la mutua colaboración en nuestra especialidad

de las regiones asturiana y leonesa. Lamentablemente no cuajó.

Posteriormente mantuvimos un contacto muy directo, él desde su puesto de Jefe de Departamento de la Ciudad Sanitaria de Oviedo y yo desde el mío, de Jefe de Servicio del Hospital del Insalud de Avilés. Esta relación se hizo continua en la Facultad de Medicina donde también actuó conmigo como un digno profesional y un excelente compañero que, hoy por hoy, no es poco.

Ahora he podido conocer en detalle su trayectoria profesional y su ingente labor en el Departamento que dirigió hasta su muerte. A una persona de su humanidad he de agradecerle lo que es hoy el que fue su Departamento. No

puedo dejar de admirar su labor y el sello que ha imprimido en los excelentes profesionales que hoy son mis compañeros de trabajo, tanto los que ocupan cargos de responsabilidad en nuestro Hospital, como los que, por méritos propios, han ido a desempeñarlos en otros centros.

La Sesión en su Memoria la vamos a desarrollar en dos partes:

La primera será un **Homenaje a su persona** en el que participarán los siguientes conferenciantes:

El Dr. Sariego, que ha sido su Director-Médico y con el que ha tenido continuo trato.

El Prof. López Arranz, compañero de Hospital, compañero de Facultad y su Decano. Actualmente lo hace desde su puesto de Rector.

El Prof. Durán, al que le unía una antigua y sincera amistad, que hará una semblanza de su vida profesional.

El Dr. Palacio, presidente de la SACOT y a quien le cabe hoy la satisfacción de hacer entrega a su viuda del Primer Título de Miembro de Honor, con el que distingue la Sociedad a los colegas que se hacen acreedores a ello por su brillante carrera.

Y el Dr. Riesgo, que ha sido Director-Gerente durante una dilatada etapa de su labor profesional.

Después de un breve descanso celebraremos una Sesión Científica en la que participaremos los doctores: Cezón, Vázquez, Moreno, López-Fanjul, Murcia y yo mismo.

La Conferencia Magistral será dictada por el Prof. Gomar, quien no ha querido perderse la contribución a la figura de su entrañable amigo.

Y por último cerrará el acto el Dr. Ortega, Director Provincial del Insalud, que siempre ha tenido una muy estrecha relación con este hospital, que también es el suyo, y con los profesionales que en él trabajamos.

Con gran emoción me sumo al recuerdo a la persona de José María y a la figura íntegra que, como Profesor y Cirujano, ha dejado entre nosotros.

En su memoria quiero agradeceros vuestra presencia; la de sus amigos que habéis venido desde lejos y la de todos aquellos que, desde los más diversos puntos de nuestra región, os habéis acercado aquí hoy para recordar a su familia el afecto que le profesábamos.

Muchas gracias.

## Participación en la Reunión Científica "En Memoria del Prof. Dn. José López Porrúa"

DR. D. RAFAEL SARIEGO

MÉDICO-DIRECTOR DEL HOSPITAL COVADONGA. OVIEDO

Es difícil imaginarse el Hospital "Ntra. Sra. de Covadonga" sin la presencia física y entrañable en su pasillos, sus quirófanos, sus Salas de Juntas, del Dr. López Porrúa. No obstante, si no físicamente, presente está, porque el Hospital no es un ente de ladrillos, piedra y tecnología sino el resultado del quehacer sanitario de muchos hombres y mujeres, una comunidad moral con el claro objetivo compartido de mejorar la salud de la población. Por eso el Dr. Porrúa está en cada piedra y en cada ladrillo.

Pero los hombres necesitamos símbolos tangibles y uno de ellos es la presencia física, el apretón de manos, su talante de caballeros, expresión de una personalidad que en nuestra sociedad va perdiendo importancia y que - permítanme decirlo- yo deploro que sea así.

El Dr. Porrúa encarnaba perfectamente lo que era: un Jefe de Departamento en relación con el tiempo que le correspondió vivir. Par-

tiendo de la entrañable Cirugía General, desarrolló su actividad en la Cirugía Ortopédica y Traumatológica como un Servicio omnicompreensivo al que poco a poco fue especializando en sectores. Sin embargo no perdió su papel de jefe jamás. Supo adaptarse perfectamente a unos tiempos que ya no exigían del jefe de una unidad un carácter soberano en conocimientos plurales y específicos, sino que le pedían dirigir un grupo con la autoridad moral y el criterio que dan los conocimientos, el respeto y la capacidad de motivación de un grupo humano compuesto por profesionales de alta cualificación.

Se puede decir que su ausencia física de entre nosotros marca como un hito doloroso, el final de una época. Ahora afrontamos otra: la especialización se hace más y más extrema, el desarrollo tecnológico tan acelerado hace imposible dominar totalmente una disciplina general. Los problemas de salud se hacen cada

vez más complejos y exigen el concurso de especialistas pluridisciplinarios. Todo esto conlleva un perfil de Jefe de Unidad que exige substancialmente una cualidad: la de saber motivar a un equipo humano, integrarlo, dirigirlo a un fin común. Debemos acostumbrarnos. A funcionar por problemas específicos y no por disciplinas encorsetadas, cerradas a la entrada de otros profesionales médicos por el hecho de que tienen otra titulación distinta de especialidad. El actuar así puede ser sinónimo de mediocridad, de miedo a que otros puedan poner en entredicho la escasez de conocimientos o la escasa imaginación para ponerlos en práctica.

Muy pronto el Jefe de un equipo no será quien acredite los máximos conocimientos, sino **quien pueda mejor integrar a un equipo humano con los máximos conocimientos** para ponerlos en práctica.

En este sentido confío en que pronto sea posible separar lo que es la carrera profesional, abierta a todos según mérito y capacidad, de lo que es la dirección de equipos de trabajo, abierta también a todos con los mismos criterios, pero no indisolublemente ligado a la primera. Y si además el Jefe de Unidad se perfila en el horizonte fuera un auténtico caballero como el Dr. Porrúa, tanto mejor.

## Recuerdo del Profesor José María López Porrúa

DR. LUIS ESTRADA

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE CIRUGÍA DEL HOSPITAL COVADONGA, OVIEDO

Pocos hombres que yo haya conocido han ido ganando estimación a lo largo de los años en tal alto grado como el profesor José María López Porrúa. Oriundo de Santander, de cuyas nobles casas blasonadas recibió probablemente su estructura, era un hombre de personalidad acusada y un médico de sólida formación avalada por un formidable aprendizaje en el sobresaliente grupo que dirigió el profesor Vara López del que formó parte al lado de profesores tan ilustres como Hipólito Durán Sacristán, Ignacio Arcelus Imaz, López Sastre, etc. Vocacionado para la docencia universitaria pronto fue profesor titular de cirugía en la Facultad de Medicina de Cádiz. Luchador inquieto y humano, prestó inestimables servicios a pacientes del tercer mundo en Nigeria. Sufrió avatares y llegó a Oviedo formando parte de una élite que llevó al Hospital General de Asturias a figurar entre los primeros del país, no sólo por su calidad asistencial, sino

por un nuevo estilo innovador, con implantación de la docencia MIR y un permanente estar en la vanguardia de las técnicas y de los avances médicos. De allí y siempre a impulsos de su tesón inquebrantable, pasó al Hospital de la Seguridad Social Nuestra Señora de Covadonga donde le conocí, creciendo mi admiración y mi respeto en este Hospital convivimos y aquí siguió su lucha infatigable, en vigilia tensa y caballerosa, a veces quijotesca, llevado siempre por el afán de mejorar la organización, estructurar su departamento, hacer válidos los Servicios de Urgencia, vivificar el Hospital. Largas horas en este Hospital, reuniones en Juntas Facultativas y Juntas de Dirección, con su presencia prócer y magnánima y su espíritu insobornable de estricto profesional. Tiempo y tiempo que hoy recuerdo vivamente como si ahora mismo resonara en mis oídos su voz bien entonada, su buen decir académico, su precisión de pensamiento reflejo de un gran orden

mental y su profundo respeto por los demás. ¡Nunca!, nunca una palabra de censura o de despecho. Era un señor que quizá sobresaliera por demás en tiempo chavacano. Sobresalía..., estaba..., era. Lo demostró siempre en el Hospital, en la Facultad de Medicina, a la que ofreció también sus saberes como Profesor de Cirugía y del que me consta su buen hacer y decir a través de sus alumnos; y lo demostró sobre todo en su última lección, la más impresionante, al enfrentarse al peor de sus enemigos, al rendir serenamente, con entereza su

vida a Dios. Creo que represento plenamente a mis compañeros del Hospital y de la Facultad de Medicina si te digo, José María, gracias por tu ejemplo. Un ejemplo que sumariza en el epílogo de su MEMORIA del Departamento de Cirugía Ortopédica y Traumatología, su propio epílogo y que refleja, sobre una labor realizada en más de 17.000 pacientes su humana frustración y desánimo que compensaba con una llamada y un deseo a sus continuadores en los que confiaba plenamente.

## Participación en la Reunión Científica "En Memoria del Prof. José María López Porrúa"

DR. D. IGNACIO RIESGO

DIRECTOR GERENTE DEL HOSPITAL COVADONDA. OVIEDO

El doctor López Porrúa desempeñó durante más de once años la Jefatura del Departamento de Cirugía Ortopédica y Traumatología del Hospital Nuestra Señora de Covadonga. Había ingresado en el mismo, tras evidente prueba de sus méritos, el 1 de julio de 1975. Durante este tiempo tuvo sobrada oportunidad de demostrar su categoría científica, profesional, docente y humana. Supo pasar de una pequeña unidad con cinco médicos y 20 camas a un gran departamento de más de 100 camas, con 54 personas y que desarrolla una gran actividad. El lo hizo en un medio, como es el de los hospitales españoles, difícil y, por lo tanto, con gran esfuerzo personal.

Durante este tiempo la actividad desplegada por el equipo que dirigía el doctor Porrúa fue muy intensa. Baste decir que solamente en el periodo 1976-86 el número de pacientes asistidos fue de 116. 167. Especial atención dedicó en su vida profesional a las fracturas de

cadera del viejo, tema para él preferido por el gran número de enfermos atendidos y su gravedad, con edad media superior a los 76 años. También se consagró con gran interés a la traumatología del raquis, para cuyo tratamiento introdujo las técnicas quirúrgicas más modernas y sobre lo que escribió numerosos trabajos y un libro editado por Salvat. El doctor Porrúa dedicó, asimismo, gran parte de su actividad a la docencia, tanto de los especialistas de su equipo, como de los residentes y de los estudiantes de la Facultad de Medicina. Recientemente había sido nombrado profesor numerario de la Universidad. También el equipo dirigido por el doctor Porrúa había desarrollado, siempre bajo su estímulo, una importante actividad científica. Es suficiente comprobar el gran número de publicaciones sobre la especialidad, de ponencias y comunicaciones, conferencias, etc.

Extraordinario trabajador en la organiza-

ción y dirección de su departamento, magnífico profesional, gran docente, el doctor Porrúa no era sólo eso. Era, por encima de todo, algo insólito en nuestra sociedad y cada vez más infrecuente: un caballero. En la acepción 6 del Diccionario de la real Academia: "el que se porta con nobleza y generosidad". Todos los que lo conocieron saben que éstos eran los rasgos más definitorios de su personalidad.

En el año 1986, coincidiendo con el X Aniversario del departamento que él había fundado, el doctor Porrúa escribió la Memoria de esos diez años, que el hospital decidió editar. Cuando él finalizó de escribir la Memoria todavía no se había manifestado su enfermedad. Pero recuerdo que corrigió las pruebas

de imprenta en el primer ingreso en el hospital. Posteriormente tuve la oportunidad de visitarlo en su casa en la Navidad de 1986 para hacerle entrega de la edición: En el epílogo de esa Memoria, él escribió: "Ya no me será posible elaborar otra memoria de los venideros 10 años, por la sencilla razón de que habrá llegado mi Oficial Jubilación. Que los que me sigan logren hacerlo y por supuesto obtengan mejores cotas que las nuestras. Este es mi más ferviente deseo. El camino y los objetivos están trazados".

Reciba su familia, pero también sus numerosos amigos, colaboradores y discípulos, el testimonio de mi más sincera consideración.



## Semblanza del Prof. J. M. López Porrúa

PROF. D. HIPÓLITO DURÁN SACRISTAN

CATEDRÁTICO DE PATOLOGÍA Y CLÍNICA QUIRÚGICAS DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.

Ha supuesto para mí un honor inestimable y un motivo de enorme gratitud que el Dr. D. José Paz Jimenez me invitara a participar en esta Sesión Científica "In memoriam" dedicada al profesor, tristemente desaparecido, D. José María López Porrúa.

Por parte de Paz Jiménez, he de confesar que su comportamiento, al hacerse cargo del Servicio de Porrúa, no puede ser más elegante más leal y más universitario, por cuanto inicia su andadura de nuevo Jefe poniendo de relieve su solidaridad, su generosidad y su amistad con el malogrado profesor que le antecedió y con el que colaboró eficaz y lealmente. Nunca he creído que el futuro de los que viven el presente, obstinados en borrar las huellas del pasado, sea esperanzador. Siempre he creído, sin embargo, en el futuro de los que, fieles al pasado, conservan de él lo bueno que recibieron y que vivieron y, sobre ello, vuelcan su espíritu creador para enriquecerlo y mejorarlo.

Sospecho que las razones que han impulsado al Dr. Paz Jiménez a invitarme a tomar en este Acto Solemne, no son tanto derivadas de la amistad que me unía al Prof. López Porrúa como de la admiración y cariño que siempre sentí por él, pese a que apenas sí teníamos contactos a lo largo de los años.

Deseo, al hablar frente a su mujer y sus hijos, no contribuir a refrescar sus sufrimientos ni situarles en trance de mayor dolor, sino de serena emoción, ante el hecho evidente de que un hombre bueno e importante, como fue él, merece una conmemoración que ponga de relieve cuanto evocó en su vida. Esa es mi tarea, que asumo con gozo y responsabilidad.

Nos conocimos en Burgos, en 1948, en el Hospital Provincial, en el Servicio del maestro común, Prof. Vara López, cuando él era un médico bisoño y yo un médico a estrenar. La sintonía fue inmediata; prácticamente éramos amigos apenas habíamos cruzado nuestras

señales de identidad. Y es que la amistad es como un sentimiento al acecho, que se instala en cuanto aparece la persona que la merece, la persona que la sabe recibir, aquel que la hace suya con plena reciprocidad.

Recuerdo vivamente el alivio que sentí al conocer un tipo con tanta carga humana y con tanta sensibilidad para las cosas de todo orden. Estaba allí, en su habitación de médico de guardia del Hospital, con los libros de Quirúrgica sobre la mesa, cuando le ví por primera vez. Hablamos de todo, menos de Cirugía, porque ese era el destino de ambos y bien sabíamos que nos iba a sobrar tiempo para ello. Me dí cuenta de que era un joven con madurez de adulto y con sueños de adolescente y yo me sentía muy a gusto a su lado.

Desde aquel día estuvimos juntos en aquel Pabellón de Cirugía, modelo en su tiempo, que ahora se le ve medio derruido al entrar en la ciudad de Burgos, al lado del maestro Vara y de su fiel colaborador Dr. Inclán, trabajando incansablemente, mañana, tarde y noche, como iluminados de una primavera universitaria y quirúrgica que el Jefe nos hacia concebir. Fuimos felices en el esfuerzo.

Sin embargo, nuestra relación personal se enriquecía en las mañana de cada domingo - entonces se trabajaba también en sábado-, reunidos en el Hospital para hablar de todo, para comunicarnos personalmente nuestra intimidad, para hablar de nuestros pueblos: Santander y Valladolid; de nuestros estudios; de nuestros profesores y condiscípulos; de la Medicina; de España; de lo difícil que era la empresa de ser hombre cabal. Llegamos, en nuestra armonía, a ser, un poco, uno el equilibrio del otro. Nos leíamos poesías propias: las tuyas muy buenas, las mías no, pero, con ello, ensanchabamos nuestra amistad y enriquecían nuestra sensibilidad a lo hermoso que tiene la vida.

Sin proponérmolo, neutralizabamos las erosiones que, en el alma del médico, produce el dolor de los demás, vivido continuamente.

No olvidaré nunca la pena que nos producían aquellos heridos de guerra en la cabeza - que trataba D. Rafael- y que ocupaban una Sala especializada al afecto, menoscabados, epilépticos, trágicos y -en el fondo- con espíritu de héroes, a quienes ayudábamos cuanto podíamos.

Una de las pifias que les hacíamos, que tenía yo el encargo de realizar eran aquellos barbotajes de Speransky, en el líquido cefalorraquídeo, a través de una punción lumbar, hasta que salía el mismo de color rosado. Cada vez que hacíamos aquello disminuían los ataques epilépticos -o desaparecían- pero sumábamos una buena tarifa a nuestro stress personal. Por eso necesitábamos tanto hablar de cosas románticas o lúdicas, en otros momentos de cosas de la vida, porque lo otro era poca vida, era demasiado dolor.

Porrúa me hablaba mucho de sus vivencias y, al oírle, yo deducía que, en cierta manera, algunos le consideraban controvertido y utópico. Yo envidiaba que le sucediera ésto, porque siempre he visto que así son juzgados los grandes espíritus.

José María era de esas gentes que ven la vida mal, que la ven insuficiente, que tratan, vanamente, de reformarla, de mejorarla, de cambiarla, de empujarla hacia arriba, hacia un horizonte de azul imposible. Esos que cuando vuelven a la realidad no cejan; cobran fuerzas y reemprenden la empresa de soñar con mejores tiempos.

Era un gran vitalista, pero los tiempos de la vida siempre estaban sesgados por el trabajo y por la ciencia médica. En alguna rara ocasión, acudía a actos sociales y en ellos no era demasiado desenvuelto. Alguna vez recurrió a mí requiriendo consejo sobre el uso y el protocolo de una fiesta importante a la que iba a asistir, ignorando que mi incompetencia al respecto dejaba chiquita a la suya. Se sentía feliz y nervioso en estos lances y gustaba de resucitar en la conversación cada vivencia, sacando todo el jugo posible. Era inteligente pero inge-

nuo; listo pero inexperto en estos avatares. Mucho más sencillo y noble que lo necesario para moverse con soltura entre las luces de un salón y los compases de la música de una gran fiesta.

Hizó una brillantísima carrera, cargada de matrículas de honor y sobresalientes, que aprovechó para adiestrarse en Anatomía Patológica -con el Prof. Sanchez Lucas-, disciplina que, a la sazón, se estimaba imprescindible en los saberes de un cirujano y permaneció, como alumno interno, con el Prof. Bermejillo, para aprender Patología General -disciplina medular de todo médico- y después de Cirugía, con el Prof. Cardenal, uno de los más eminentes cirujanos españoles, maestro de grandes maestros y dotado especialmente con la particular habilidad que hacen a un cirujano ser destacado de los demás.

Como corolario a esta trayectoria de estudiante, obtiene el Premio Extraordinario de la Licenciatura en Cirugía, en 1946 y se hace Doctor, en 1952, con una excelente Tesis Doctoral, que le vale la calificación de Sobresaliente.

Una etapa muy fructífera en su formación quirúrgica, fue la que cursó desde el 47 al 49, en el Hospital Provincial de Burgos, en el Servicio de uno de los cirujanos más completos y universitarios más serios, el Prof. Vara López -del que yo tengo el honor de ser discípulo- como Médico Residente, que entonces se llamaban Médicos de Guardia. Allí se hacía todo tipo de Cirugía desde tumores cerebrales- que se estudiaban con el primer electroencefalógrafo que se instaló en España, en cámara aislada- hasta la más modesta de las fracturas periféricas, pasando por todas las grandes cavidades. Allí se seguían los preoperatorios y postoperatorios con un rigor que todavía no estaba generalizado en los grandes Hospitales y se realizaba investigación fisiopatológica quirúrgica con planes perfectamente intencionados, con los medios que existían entonces, pero en vanguardia de éstos. Creo que la in-

fraestructura quirúrgica de Porrúa, que después le dió alas para salir a trabajar sin medios adecuados, se empezó a forjar en Burgos, donde él adquirió confianza en sí mismo y conocimientos profundos sobre los que después en Madrid, completó su formación.

Como exponente de los que era el maestro Vara para formar a su gente, sepan que cuando un paciente, tras ser operado, tenía peligro, tardaba en salir del quirófano el tiempo que fuera necesario -a veces día- para garantizar su mejor asistencia y después, en la habitación, instalábamos a modo de una UVI actual, con todo lo disponible por entonces y con la permanencia día y noche de los médicos, junto al enfermo, de manera obsesiva. Ahora mucha gente se cuestiona si una clínica puede permitir que se hagan en ella operaciones sin tener una UVI preparada. Es evidente que en casi todos los hospitales disponemos de bien dotadas Unidades de Vigilancia Intensiva, pero en aquellos tiempos creábamos habitaciones de mal dotadas unidades de vigilancia obsesiva. Al fin, no salvamos ahora más enfermos, sensiblemente, que los que salvamos antes, dentro de los recuperables.

Como López Porrúa fue siempre un hombre lleno de anhelos, de ideales, de quimeras; como era un ejemplar luchador, contumaz y fragoso, tomó la decisión de pasar a Madrid -meta entonces de los mejores lances en nuestro oficio- y se incorporó a la Cátedra de otro maestro pujante y triunfador de la época, el Prof. Alfonso de la Fuente Chaos. Con él, fue Auxiliar de Clases Prácticas y Jefe de Servicio de la citada Cátedra, desde 1949 a 1953, tiempo en el que fue un miembro activo de todos los problemas asistenciales y docentes de la Cátedra, en San Carlos.

Una época brillantísima en la vida de Porrúa se desarrolla cuando se incorpora al Instituto de Medicina Experimental del Prof. Enriquez de Salamanca, como Becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en 1952, siendo después Ayudante de la Sección

de Vivisección del citado Instituto, hasta el año 1954 y después, Prof. Agregado del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desde 1954 a 1959, en la Facultad de Medicina de Cádiz. Sus merecimientos en Madrid y Cádiz, le conducen a ser Profesor Honorario del citado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desde 1959.

Trabajando en equipo compacto, con Enrique de Salamanca, Toni Steerling Castro Rial y otros, realiza investigaciones sobre la fisiopatología gástrica en animales y los cambios con hipofisectomías y un conjunto de drogas, con afectos conocidos sobre el funcionalismo gástrico. Estos trabajos fueron publicados, en número de ocho, en los Archivos de Medicina Experimental, y la inercia en el estudio de la función gástrica les permitió trasladar sus investigaciones experimentales a la clínica humana en otros tantos trabajos sobre el ulcero gástrico duodenal en cirugía.

Recuerdo muy bien, con qué tenacidad y precisión defendieron estos trabajos, tanto Enrique de Salamanca como Porrúa en unas oposiciones a Cátedras que hice yo con ellos y en la ninguno de los tres tuvimos éxito completo. Ciertamente es que bien sabíamos ya que los fracasos no quitan nunca la grandeza de los intentos, circunstancia que avala sobradamente, la perseverancia en las empresas difíciles. También es cierto que estas frustraciones temporales ocurrían antes, porque ahora todo lo que supone selectividad está pasado de moda y mucha gente vocada para la universidad se ocupa más de elaborar su oportunidad que de encerrarse entre libros y animales en un laboratorio, para lograr un curriculum competitivo.

Porrúa estaba enconado con la universidad y luchó toda su vida para encajarse en ella, en el puesto que merecía por su vocación y competencia y, -como todo el que persevera-, lo logró felizmente habiendo, esta Facultad de Medicina de Oviedo, disfrutado de su docencia, en la más alta responsabilidad, en el decur-

so de los últimos quince años, hasta que el Destino dispuso darle a su existencia otra nueva dimensión.

Su entrada en la Universidad, que se produjo a la ordenes del Prof. de la Fuente, como ha quedado dicho, vio formalizada su titularidad cuando, por oposición, obtuvo, brillantemente, la Plaza de Prof. Adjunto de Patología y Clínica Quirúrgicas, en el año 1953, en Cadiz, plaza que revalidó, con nueva oposición, en 1961, habiendo permanecido encargado de la Cátedra de Cirugía de Cadiz durante ocho años. Su trabajo se vio premiado con el nombramiento, siempre excepcional, de Profesor Honorario de la Universidad de Sevilla (Facultad de Medicina de Cadiz).

Porrúa se motivó como universitario en tiempos en que la Universidad española tenía muy clara la idea de totalidad y universalidad (aunque el vocablo Universidad no tiene conexión histórica con el Universo), de tal forma, que, a despecho de sus modalidades históricas, la debilitación de esta idea conduciría a una desnaturalización de la Institución Universitaria y, de alcanzar esta debilitación un cierto nivel, a su propia liquidación como tal.

Por entonces, sabíamos, muy bien, que para mantener estos principios era imprescindible la solidaridad de la Comunidad Universitaria, bajo los auspicios del Rector que la representa, para velar por su armonía y su vocación de universidad. Hoy, muchos seguimos con esta convicción, pero los aires que corren son más proclives a un regionalismo universitario, y a veces a un aldeanismo universitario, que temo no enriquecerá mucho a la Institución.

También por entonces, la idea de que el Catedrático representaba la cúspide de conocimientos y de autoridad estaba disipándose, ya que por razones lógicas, el Sabio y el Maestro daban paso al Profesor, que trabajaba en equipo, perdiendo, con ello, la aparatosa magnificencia que poseía el Maestro. Pero esto nada tenía que ver con lo que ha venido

sucediendo con los años hasta la actualidad en que nos cuidamos mucho de revelar nuestra condición de Catedráticos para no vernos obligados a pedir perdón al interlocutor por formar parte de un gremio caduco y elitista. El desaparecido Porrúa hablaba conmigo, con frecuencia, de estas cosas, que le dolían profundamente, pese a que la Universidad no le regaló nunca nada que no ganara cumplidamente. Siempre le conocí fiel a sus principios, respetuoso con la autoridad, leal con sus mayores y riguroso en sus comportamientos. La distancia geográfica no me ha permitido conocer de cerca sus reacciones ante los cambios impuestos por el tiempo.

Pese a ello, no le veo impasible ante los cambios acelerados de lealtades, de chaqueta, de ideas, de pareja o, incluso, de nacionalidad o de sexo que se vienen llevando en los últimos tiempos. Pero le intuyó esforzándose en comprender a la gente, como buen universitario, acostumbrado a respetar la opinión de los demás y a luchar por enseñar y buscar la verdad en cada parcela de la vida.

En estos años de docencia, además de sus trabajos sobre fisiopatología del estómago, escribe varias comunicaciones sobre el delicado tema de las aracnopatías y aracnoiditis, de distinto origen y localización, y se empieza a marcar en la Traumatología, a la que después se entregó concienzudamente.

La competencia del malogrado López Porrúa en los distintos campos de la Cirugía era absoluta. El pertenecía a esa época en que la Cirugía General se ejercía con plenitud. No debe olvidarse nunca que la Cirugía General es posterior a muchas especialidades quirúrgicas que andaban, históricamente, independientes, y que se unieron para adentrarse en lo que dichas especialidades tenían de común: su fisiopatología, la norma terapéutica en sus aspectos básicos y los cuidados pre y postoperatorios. Así se creó la Cirugía General y se desarrolló plenamente. En los momentos que nos correspondió vivir la misma a nosotros,

durante nuestra formación, España la desarrollaba con maestros excelentes, la mayoría formados en Alemania y otros en Francia, Inglaterra y Estados Unidos.

Porrúa fue un exponente de esta formación y la mejor prueba de ello es que fue encargado de la Neurocirugía en la Facultad de Medicina de Cádiz y, en la misma ciudad, fue nombrado cirujano consultor de la Residencia Sanitaria de la Seguridad Social, cargo a adscrito a los catedráticos o encargados de Cátedra y del que -por cierto- hemos sido despojados hace algún tiempo sin la menor explicación, ya que lo fuimos antes de que entrara en vigor la Ley de Incompatibilidades.

También fue Neurocirujano en el Hospital de San Juan de Dios y Cirujano de Torax en el mismo Centro con credenciales que acreditan su competencia y eficacia.

No faltarán jóvenes en esta Sala que, por vivir esta época -en la cual se están desgajando otra vez las especialidades quirúrgicas, para progresar en la metodología exploratoria y técnica y para superar la investigación, además de para atender las demandas asistenciales de una Sociedad que clama por el Superespecialista- abran los ojos como puentes cuando oigan decir que el Jefe del Departamento de Traumatología -a quien hoy rendimos homenaje de admiración y de repeto- fue Neurocirujano, Cirujano de Digestivo y de Tórax. Yo les he de aclarar que no solamente, era así sino que se quitaban tumores cerebrales, como ahora, sin los medios de localización de las lesiones que existen hoy día y sin disponer de los medios farmacológicos actuales para luchar contra el fantasma del edema cerebral. Y se quitaban pulmones como ahora y, me atrevo a afirmar, que se hacían indicaciones quirúrgicas más allá de la frontera de los signos clínicos de inoperabilidad. Que ahora se hagan las cosas mejor, en muchos sitios gracias a la especialización, no lo dudo, pero sigue siendo posible y deseable, donde no haya Centros con especialidades quirúrgicas organizadas, la existen-

cia de cirujanos como lo fue López Porrúa, capaces de enfrentarse con la enfermedad, con valor y competencia, cualquiera que sea su topografía, militando, responsablemente, en el campo de la vida.

En un documento escrito por José María López Porrúa, afirma haber pasado 20 años realizando prácticamente toda clase de cirugía (abdominal, torácica, neurológica, urológica, plástica, traumatológica y ortopédica) excepto lo concerniente a las especialidades de oftalmología, otorrinolaringología, obstetricia y la moderna cirugía cardiovascular. El mismo apunta que casi el 50% de esta labor corresponde a la cirugía ortopédica y traumatológica. Evidencia bien fiable de ello, son los trabajos publicados sobre temas diversos de Cirugía General que no puedo enumerar prolijamente, para no cansarles, pero que se refiere a bazo, páncreas, oncología, visceral, patología del cráneo, tumores de los maxilares, patología del hígado, endocrinología quirúrgica, resecciones pulmonares, tumores mediastínicos, etc. Fue también autor de 18 revisiones y artículos de divulgación de variada naturaleza y brillantemente escritos.

Mención especial, en esta glosa que hacemos de este gran hombre, que fue López Porrúa, merece su estancia durante tres años trabajando en las Misiones Católicas Irlandesas, en Nigeria, desde 1963 a 1966; dos años como Medical Superintendent and General surgeon, y otro como Senior Surgical Specialist, existiendo documentos que acreditan la inmensa labor realizada en aquel lugar, por su extraordinaria preparación médico-quirúrgica.

No es, sin embargo, el episodio quirúrgico en Nigeria el que merece un acento especial: es el hecho de que un hombre, perfectamente formado en la cirugía, totalmente anclado en la Universidad española, y en los Centros Asistenciales, hasta tal extremo que estaba, a la sazón, encargado de la Cátedra de Cirugía de Cadiz, tenga el valor de alejarse de la comodi-

dad, del halago, de la seguridad, del éxito social, del calor de los amigos, para irse lejos, a cumplir compromisos con sello de espiritualidad; a ayudar a hombres abandonados, pobres e incultos, a que supervivan a los azotes de la enfermedad; a repartir su cultura, sus maneras, su educación con seres subdesarrollados; a arriesgarse con enfermedades e incompreensiones; a transmitir sus pensamientos, sus consejos, sus consuelos, en idioma distinto al suyo y a volver después a su tierra con las manos vacías de prebendas pero el corazón lleno de alegría y de dolor y vacío de energías y de amor, dejados allá lejos, entre seres prácticamente indefensos.

Los tipos que hacen estas cosas, decididamente son distintos. Tal vez por eso, son llamados prematuramente a la presencia de Dios.

También merece consignación especial el mérito que para un hombre de ciencia supone renunciar unos años a la creación de trabajos genuinamente científicos, tan necesarios en la valoración ulterior de su trayectoria académica. Verdad es que a su vuelta arremete con vigor la tarea de trabajar y publicar experiencias clínicas y aporta trabajos excelentes, muchos con colaboradores eminentes como Montes Mortera, López Sastre, Salarrullana, García Suarez, Castañones, Villa, Laburu, Royo, Alvarez, Mieres, Navarrete Gil, Trilla, Quintero, García Marcos, de la Rúa, Pérez Delgado, Cezón Quirós, Murcia Mazón, de la Vega, Varela, Acbal, Paredes Oyanguren, Diego Aranda, López Fanjul, García Menéndez, Cardoso, Moreno Guerrero, López Alvarez-Osorio, etc. Naturalmente, hay otros colegas omitidos, porque para mí no es fácil una enumeración más prolija.

Le honra mucho a Porrúa movilizar en el trabajo a los jóvenes a los médicos y crear un clima de equipos eficaces e inquietos en la Ciencia Quirúrgica.

No hay una zona de la arquitectura osteoarticular que se haya sustraído al estudio concienzudo y crítico del Prof. Porrúa y su gente, Así

tienen publicaciones sobre la región cérvico-cefálica del fémur, críticas sobre las prótesis de este área; trabajos sobre pierna, rodilla, tobillo; otros muy bonitos sobre vértebras cervicales, algunos de los cuales tuvieron la amabilidad de mostrarse en una visita, muy grata, que hice a su Servicio; buenas experiencias en el tratamiento del Mal de Pott; aportaciones a los traumatismos dorso-lumbares tratados operatoriamente, en ese discutible sector para la indicación quirúrgica, en las que hay tanto que opinar; en el apasionante problema de la escoliosis; en el eterno duende de la enfermedad tromboembólica, etc.

José María López Porrúa era un hombre de una personalidad muy acusada. No se esforzaba en halagos ni en complacencias. Era aparentemente algo seco, sin embargo, al tratarle se le veía sensible y entrañable. Con una mirada superficial y con un juicio frívolo sobre él, salía perdiendo. Con una mirada atenta y un juicio sereno, cautivaba precisamente por su personalidad y por su bondad de la que parecía avergonzarse.

Su seguridad en sí mismo y su ligero desdén suscitaban, a veces, envidia; esa terrible, obstinada y contumaz lacra de la vida española, especialmente acerba y enconada en el terreno intelectual. A él eso no le preocupaba, que yo sepa, porque era muy certero en los juicios de valor sobre la gente y sobre las cosas y, por ello, descalificaba a los afectados de esta enfermedad y se quedaba tan oreado.

Ignoro si con los años había cambiado mucho, creo que no, pero cuando yo conviví con él más intensamente, tenía la impresión de que era de esas personas en que la violencia de la felicidad y la violencia del dolor y del sufrimiento no le dejaban ser dichosos del todo. Su gusto por la convivencia y su inquietud intelectual le hicieron ser Miembro Numérico de siete Sociedades Nacionales y Extranjeras, Médicas y Quirúrgicas y, además, Miembro Fundador de otras tres, entre las cuales merece resaltar la Asociación Española

de Historia de la Medicina, por cuanto revela su dimensión humanista en el plano intelectual. Con respecto a su concepción del significado del humanismo en el ejercicio de su oficio, estoy relevado de hacer mención, tras haber recordado momentos antes, sus vivencias en la Misión Irlandesa de Nigeria.

Su gran talla humana y la consideración humanista de su medicina, son perfectamente glosadas en el Recuerdo que de él hace el gran cirujano y gran amigo Luis Estrada en el Boletín del Hospital Nuestra Señora de Covadonga de julio de 1987.

Otro episodio de la vida del Prof. López Porrúa tuvo lugar en el Hospital General de Asturias, donde llegó en 1967, como Jefe de Cirugía Ortopédica y Traumatología dedicándose desde entonces prácticamente a esta especialidad con exclusividad. Recuerdo vivamente el prestigio que este Hospital tenía desde sus comienzos en aquellos años en que se ensayó como Hospital Piloto incurso en la norma vigente de Hospitales extranjeros. Es evidente que yo fui un entusiasta de este Hospital, porque varios admirados compañeros y amigos -algunos desaparecidos- formaron parte del cuadro médico. Este entusiasmo me hizo estar alguna vez como mediador en conflictos de distinto tipo, que solían ser expresión de la vitalidad de la Institución y de la confrontación del nuevo modelo de Centro con los hábitos tradicionales en el ejercicio de la medicina hospitalaria. Por otro lado, yo era profesor en Valladolid y aquella Facultad era requerida para formar parte de tribunales, de concursos de méritos, y de asesoramientos en los que, ocasionalmente, colaboré. Este Hospital nuevo tuvo su trascendencia nacional y yo pienso que algunos colegas aumentaron su prestigio al dárseles oportunidad ambiental de tinte moderno para entonces. Entre ellos, se enriqueció nuestro amigo Porrúa.

Por el año 1973, el Prof. Porrúa es promovido a Jefe del Departamento de Cirugía Ortopédica y Traumatología de la Ciudad Sanitaria

de Oviedo a la que se incorporó en julio de 1975. Desde entonces, luchó por crear un gran Servicio y alcanzó su propósito al controlar 110 camas, en las que desarrolló todas las actividades asistenciales que corresponden con la moderna concepción de la Traumatología y la Ortopedia. Cuando visité su Servicio me sentí impresionado de su eficacia y ambiente.

Allí han hecho de todo y han asistido a más de 190.000 pacientes realizando todas las actividades que son habituales en un Servicio que funciona ejemplarmente.

Pero con todo, para mí son menos importantes las cifras de operaciones, sesiones clínicas, tesis y comunicaciones a congresos - que fueron muchísimas - que el estilo, el sello, el talante, la responsabilidad en las tareas desarrolladas y el espíritu que las anima. Y para ello, se requiere un jefe con carisma, como tenía Porrúa. Un hombre capaz de ver los perfiles de la traumatología desde su dimensión científica y fisiopatológica y no solo a través del ensayo rutinario y cambiante de prótesis, placas, clavos y métodos comercialmente empujados con fines lucrativos, que desconciertan a los médicos jóvenes y les hacen valorar su profesionalidad en función de la tiranía de los aparatos.

Porrúa nunca tuvo la ramplona concepción mecanicista de la especialidad, sino que la entendió y la llevó adelante con visión fisiopatológica y concepción biológica de la misma, sometida siempre al marco de la consideración humanista de la medicina, que representa un diálogo entre la confianza del enfermo y la conciencia del médico; pensando siempre, que el enfermo es una persona, es decir una integridad psicofísica y un mundo circunstancial o una realidad histórico-social.

Por entender las cosas así, por su condición de universitario cabal, por sus dotes de profesor, por su vocación docente como una constante de su vida, por su gran preparación científica y por otras causas más, fue Encargado de la Cátedra de Cirugía para explicar Traumatología y Ortopedia en la Universidad de Oviedo, sitio donde lógicamente las exigencias habían de ser mayores, por tratarse de una Facultad de Medicina de nuevo cuño.

Veinticuatro años enseñando en una Cátedra constituyen un rendimiento de cuentas muy cumplido -pese a su muerte precoz e inoportuna- y acreditan al maestro desaparecido como un ejemplar modelo a seguir, de cuya realidad yo puedo levantar acta, porque he sido testigo y vigilante de sus pasos durante toda la vida.

Muchos enfermos le deben su vida y su función; muchos alumnos sus conocimientos; muchos discípulos su inspiración y su ayuda; muchos condiscípulos y amigos le debemos su ejemplo y el gozo de disfrutar de su enorme personalidad; la universidad la estampa del profesor lleno de vocación y de capacidad de renuncia; el Tercer Mundo, la grandeza de la entrega sin condiciones; su familia, el haber sabido depositar en ellos los valores verdaderos y las esencias de las tradiciones depuradas por cada generación, sin propiciar rupturas de moldes que no tienen otro destino que la frustración y el fracaso.

Eso es lo que entiendo que significa marcharse de esta vida con las manos llenas. Llevaba bastante tiempo sin conectar con él, cuando se me presentó en el Hospital, en Madrid, con mala cara, portando unas radiografías y con un gesto resignado y melancólico. Poco tarde en darme cuenta que venía a buscar un milagro. Había sido tratado perfectamente y su dolencia implacable, había vuelto a sacar la garra siniestra. En su lenguaje, entonces de enfermo, se entreveía la claridad con que aceptaba la situación. Hice cuanto pude por engañarle generosamente pero me salió al paso, inteligentemente, varias veces, para ahorrarme el esfuerzo. Decidí volverle a operar y todo fue un fervoroso desco de ayudarlo, al que cooperaron perfectamente, él, su mujer y su hijo médico. El ciclo mortal de la recidiva no se hizo esperar y el pobre dejó esta tierra



asturiana cuando estaba totalmente integrado en ella y acoplado definitivamente en su Hospital y en su Universidad.

La última de sus lecciones, después de tantos simposiums, mesas redondas, conferencias y clases magistrales, fue la de su muerte. Ignoro como fueron sus últimos momentos, pero la antesala de ellos la viví y, por ello puedo afirmar que se trataba de una lección de acatamiento al Destino, de serenidad, de educación exquisita con nosotros, de cabal virilidad. Creo que tenía grabadas las palabras que levantan estas situaciones: "Yo soy la Resurrección y la vida".

Al nuevo Jefe del Servicio, Sr. J. Paz Jimenez y a su equipo, les desco que releven, con brillantez la tarea de Porrúa y mantengan la misma dignidad que presidió siempre sus actos; a la Residencia Nuestra Señora de Cova-

donga, que conserve el espíritu de estos Jefes de Departamento y de Servicio, que conocemos en toda España por su prestigio; al Principado de Asturias que siga siempre haciendo suyos a hombres de otras tierras, como este caso, con las enormes virtudes y categoría que tienen los asturianos y que sigan sabiendo enterrar con honores a sus muertos.

A la mujer e hijos de José María López Porrúa que sepan que todos compartimos el dolor que ellos sienten; que todos estuvimos muy cerca de él toda la vida y, por eso, ahora nos quedamos muy fríos sin su calor; que manteniendo la conducta que inspiraba su ejemplo será la mejor forma de brindarle un homenaje permanente.